

Budapest: la otra

Ana URRUTIA*

Budapest —dice Claudio Magris— es la ciudad más bella del Danubio. Sin embargo, ocupa una posición secundaria respecto a ciudades vecinas que acaparan el papel relevante en los circuitos turísticos centroeuropeos. En ellos, forma pareja con Praga. O con Viena. O un trío con ambas. Y se lleva la peor parte, porque Budapest se ve poco y mal. Y queda a la sombra de Praga. O de Viena. O de ambas.

Como en el pasado le tocó estar a la sombra de Estambul, de Viena, de Berlín, de Moscú. Siempre sometida a poderes ajenos, Budapest —la otra— se ha rebelado una y otra vez contra ese destino que la quería cautiva y en segundo plano, y una y otra vez ha tenido que sobreponerse a la derrota y reconstruirse. Sin dejarse arrastrar por la melancolía que fluye por su alma como el Danubio por su cuerpo.

Entre todas las ciudades que le han impedido, a través del tiempo, ser ella misma destaca Viena, su gran rival, sede del poder de los Habsburgo, que en 1867 se vieron obligados a conceder la autonomía a los húngaros a cambio del reconocimiento del emperador Francisco José como rey de Hungría. Así nació la Monarquía Dual, es decir, el Imperio austro-húngaro, en el que Budapest y Viena tenían el mismo rango. Teóricamente, que no en la práctica: “En las escrituras se llamaba Monarquía austro-húngara; de palabra se decía Austria”, aclara Robert Musil, que bautizó con el nombre de Kakania aquel imperio que aglutinaba a distintas nacionalidades valiéndose de las iniciales de las palabras Kaiserlich Königlich, es decir, imperial-real, con las que era denominado.

En Kakania donde “la exigencia del ideal hacía acto de presencia, como un cuerpo de policía, en todas las manifestaciones de la vida”, la primera k aludía a Austria; la segunda, a Hungría. En consonancia, Musil colocó en *El hombre sin atributos* como doncella al servicio del modelo de virtudes kakanienses que es la austriaca Ermelinda Tuzzi, alias Diotima, a la joven Raquel, nacida en un caserío de la Galizia húngara. Así las cosas, Budapest, que surge en 1873 de la unificación de Buda, Pest y Óbuda, va a esmerarse durante los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX por construirse a sí misma diferenciándose de Viena. Rechaza seguir usando los ropajes neoclásicos que aquella le pasaba y se lanza a confeccionar los suyos recurriendo a nuevas versiones de modas antiguas —románico, gótico, renacentista, barroco...— con intención de aumentar el exiguo ropero heredado de los antepasados; surgen así el bastión de los Pescadores, la iglesia de Matías, el Parlamento, la Ópera... Y a mezclar líneas —ondulaciones modernistas, elementos decorativos orientales e inspirados en el fol-

171

lore del país y azulejos coloreados en tejados y fachadas—, hasta conseguir un estilo propio que se plasma en edificios como la antigua Caja Postal de Ahorros y el Museo de Artes Decorativas, ambos de Ödön Lechner.



En poco tiempo, Budapest, luciendo alta costura de diseño y confección propia, se pone a la altura de Viena. Y se libra de ella, ya que la derrota en la Primera Guerra Mundial disuelve el Imperio austro-húngaro; pero el alto precio pagado por la independencia, la pérdida de gran parte del territorio, de la población y de la riqueza del país, deja pocos motivos para la alegría. Después, el fantástico decorado seguirá en pie, ocultando la triste

172

realidad, porque “tras las engañosas apariencias de grandeza real —explica Hannah Arendt—, en Hungría se daba una estructura feudal heredada del pasado, con gran miseria entre los campesinos carentes de tierras, y gran lujo entre las pocas familias aristocráticas que literalmente eran propietarias del país, un lujo muy superior al existente en cualquier otro país de aquella zona dominada por la pobreza, patria de los desheredados de Europa. Parecía que los húngaros fueran un grupo de ilusionistas que tras vivir de engaños durante largo tiempo, hubieran perdido totalmente el sentido de la congruencia”.

Paralelamente a los arquitectos trabajaban, también de forma incansable pero menos vistosa,



los escritores. Mientras los primeros se ocupan del cuerpo de la ciudad, los escritores velan por su alma. Velan, y se desvelan, en casas humildes, tabernas y cafés para enriquecer la lengua húngara, una —otra— de las pocas del viejo continente ajenas al tronco indoeuropeo (pertenece a la familia uralaltaica y sólo tiene parentesco con el finlandés), que habían logrado conservar a pesar de las reiteradas domi-

naciones extranjeras, y crear con ella obras duraderas que apuntalen el país por dentro y confiaran contenido a unas estructuras que por sí solas serían meras fachadas huecas.

Es a ellos, a los escritores, los otros santos, “que concebían la literatura como una misión evangélica”, a quienes la bibliotecaria ha recurrido para que la guíen en esta ciudad que el Danubio —Duna, en húngaro—, divide en dos partes que se contraponen y complementan: Buda, antigua y elevada, y Pest, moderna y llana. Y que tiene, como la vieja Kakania, la dualidad como característica principal.

Es una mañana de los últimos días de verano, la bibliotecaria llega en metro al centro de Pest con la intención de atravesar el río y llegar a Krisztinaváros, el barrio de Krisztina, en Buda. Sin prisas y sin itinerarios previamente trazados. Divisa una pequeña librería y se acerca a ver los libros expuestos en el escaparate, rodeados de obras de autores húngaros desconocidos para ella aparecen, junto a *Kellemetlen igazság*, de Al Gore, en lugar destacado, tres libros de Kurt Vonnegut: *Ej anyánk*, *Áldja meg az isten*, *Mr. Rosewater* y *A hazátlan ember*. Seguidamente penetra en una calle por la que camina flanqueada por tiendas de Prada, Gucci... *e tutti quanti*, desemboca en la plaza dedicada al poeta Vörösmarty, cuya parte norte está ocupada por un elegante palacio blanco, en su fachada la palabra Gerbeaud, bien visible, indica que alberga, en su planta baja, el café que lleva dicho nombre. La terraza está muy concurrida y se oyen conversaciones en distintas lenguas. La bibliotecaria se acerca a la puerta y, tras mirar al interior del local que se extiende ampliamente a ambos lados, comienza a avanzar por el izquierdo. Candelabros dorados con velas verdes sobre repisas de mármol, tapizados de terciopelo, pesadas cortinas, lámparas de postín, cuadros y pequeñas esculturas acompañan a las mesas y sillas que llenan el salón. Cuando llega al fondo, siguiendo las indicaciones de un cartel, gira a la derecha y bajando unas escaleras encuentra los baños. A los pocos minutos regresa por el mismo camino y al salir al exterior, ofuscada por el sol y por esa inesperada incursión en la Kakania del ideal, se frota los ojos y comprueba que en la plaza siguen los turistas, las farolas, el puesto de helados, la estatua del poeta... Menudo espejismo, musita, recordando que en esta tierra de ilusionistas nació el gran Houdini.

Sale al paseo del Danubio, sentada en la base de una farola adornada con flores hay una estatua de bronce de una muchacha que alarga la mano hacía la pelota que lleva entre los dientes un perro pastor alemán; al fondo, al otro lado del río y a más altitud, un enorme edificio de varios cuerpos con tejado verde, más a la derecha, una esbelta torre en restauración y entre ambos, un puente, el de las Cadenas. En este tramo del paseo se suceden las terrazas de restaurantes, tras el espacio destinado a los peatones pasan los tranvías, amarillos, y después, el río. Por la otra orilla circulan lentamente tres coches blancos, parecen cisnes gigantes deslizándose por el agua. En ésta, la izquierda, las sóforas japónicas están llenas de vainas en las que las semillas, totalmente separadas unas de otras, recuerdan fragmentos de pulseras confeccionadas con cuentas verdes.

En el ingreso del puente se encuentran dos leones, tienen en frente imponentes edificios y dan la espalda a los dos arcos de triunfo que se alzan sobre él. En uno de los felinos, una placa da cuenta de que en enero de 1945 ocurrió algo relacionado con el fascismo o con fascistas... La bibliotecaria constata la anchura del Danubio y que sus aguas no son precisamente azules, de

cerca tienen un tinte marrón claro, como si estuvieran embarradas, y de lejos gris con destellos plateados; el sol centellea en las crestas de las pequeñas olas que forma el viento. Embarcaciones de recreo, troncos y ramas navegan por su superficie. A lo largo del trayecto del puente, ondean banderas de Hungría y Francia, en honor al presidente galo, de visita oficial.

El puente desemboca en Clark Adam tér (en húngaro el apellido precede al nombre), plaza que homenajea a su constructor. En ella, el centro de atención recae en un túnel —obra debida también a Clark— flanqueado de columnas dóricas que muestra sobre el ápice de la abertura una cabeza de león y un escudo. A su izquierda baja un funicular; un poco más elevada y entre árboles, asoma un águila con las alas desplegadas. Un cartel en una farola indica que por encima del túnel se encuentra Budai Vár, el Castillo de Buda. La bibliotecaria se dirige hacia la derecha, al norte, por donde se extiende Víziváros, el barrio del agua. En su recorrido tiene ocasión de admirar la iglesia calvinista, un hermoso edificio neogótico de ladrillo marrón con tejado de cerámica policroma, obra de Samu Pecz, a quien se dedica una estatua en una plaza cercana; en la parte trasera de la iglesia, junto a la pared, hay dos pares de bancos de madera color caoba y hierro forjado cuya largura se ha acortado hasta ofrecer asiento a una sola persona, es decir, son más bien sillas con brazos; se sienta en una de ellas y contempla los árboles y parterres que rodean al templo y, más abajo, los recipientes rectangulares contruidos con maderos de pequeño grosor dispuestos horizontalmente que contienen flores a lo largo de la acera que se extiende al pie de unas escaleras; se plantea si la sustitución de bancos por sillas en un espacio público será una forma de defensa del individuo en un país que durante tantos años se vio obligado, como todos los de la órbita soviética, a poner el acento en lo colectivo. Sea como sea, son cómodas y muy decorativas. En la plaza Batthyány, en su lado sur, se alza una iglesia barroca en honor a santa Ana, con dos torres iguales cuyos relojes —tienen uno en cada cara— marcan las 12.00, y al este, tras el Danubio, surge, imponente, la catedral laica de la ciudad: el Parlamento. En la plaza conviven plátanos, tilos, almeces, ailantos, sóforas japónicas, palomas, mendigos que duermen o comen y beben en los bancos, taxistas y transeúntes que entran y salen del supermercado que queda en el lado oeste o de la estación de metro, justo en frente, que admiran sus edificios o simplemente pasan por allí.

174

Luego, se interna por las callejuelas en cuesta de Víziváros, cuyo silencio y tranquilidad contrastan con el bullicio de Pest y de la plaza Batthyány. Encuentra unas escaleras de piedra por las que comienza a subir. A ambos lados, árboles: ailantos, castaños de Indias, arces, almeces, fresnos y muchas moreras del papel, cuyos frutos —bolas verdes con puntitas rojas— se reparan entre las ramas y el suelo, cubierto también de hojas. Al final hay un pequeño torreón que resulta ser uno de los accesos al bastión de los Pescadores, un buen mirador para contemplar Pest en general y el Parlamento en particular. A su lado, tradición y modernidad forzadas a entenderse: pináculos neogóticos y tejas de cerámica coloreadas (no se ve mucho más, pues está en restauración) en la iglesia de san Matías; vidrio y metal en el hotel Hilton. Contraste también, entre sacro y profano, en el museo de la iglesia, en el que junto a una Biblia en húngaro de 1626 y diversas representaciones de santos se exhibe un busto de Sissi en mármol blanco, realizado por György Zala; la reina, amada por los húngaros por haber aprendido su difícil lengua e interceder en su favor en los años posteriores a la debacle de 1848, tiene una

rosa en la diestra. Se encuentra en una especie de palco abierto al templo, desde la parte derecha de éste, antes del altar, es posible divisar su perfil. Ahí mismo, al pie de una de las enormes columnas descansa aparcado un carrito metálico alargado con su pasajero a bordo: una gruesa alfombra roja enrollada.

Tras recorrer las calles del barrio del Castillo, llenas de construcciones barrocas de baja altura y colores pastel, alcanza el flanco sur, donde se alza el enorme Palacio Real, dos de cuyas alas albergan la Biblioteca Nacional y la Galería Nacional. A un lado, junto a la cabina del funicular, el *turul*, ave mitológica de los magiares, tiene una espada bajo sus patas. El espacio que une el inicio del recinto del Palacio y el final de las casas del barrio es la plaza Dísz, desde ella sale en descenso una carretera cuyos meandros es posible acortar bajando tramos de escaleras que conducen a la calle Tábor, al final de la cual, cruzando la calle Logodi, y también en sentido descendente, se halla el objetivo de la bibliotecaria.

En el número 2 de la calle Mikó, una casa baja de ladrillos ocre, vivió, como informa una placa, Sándor Márai de 1931 a 1945. Entre ambos lados de la calle, en un pequeño espacio empedrado, a la sombra de dos castaños de Indias y otros tantos almeces y frente a dos sillas de madera marrón clara y hierro forjado similares a los de la iglesia calvinista, hay un sencillo busto del escritor. Lo representa en bronce, serio, con el pelo peinado hacia atrás, sin brazos y con una pajarita torcida al cuello; en el pedestal de piedra blanca que lo sostiene aparece esculpida su firma de letra menuda: Márai Sándor.

La bibliotecaria se sienta en una de las sillas y repara en que en el suelo, además de hojas, bolitas de almezc, castañas y fragmentos de los zurrones que las contenían hay muchas colillas. Da rienda suelta a su imaginación: una lectora de Márai, en la cuarentena, viene a menudo desde la ruidosa Pest a charlar en silencio con él, mientras le da la razón o le rebate fuma un cigarrillo tras otro, está atravesando una grave crisis personal... De pronto, una chica con chaleco y visera azul y un aparato con teclas en la mano se sienta en la silla de al lado y saca del bolsillo una cajetilla de Viceroy, enciende uno, se lo fuma mientras consulta el aparato, se levanta y lo apaga en el cenicero que tiene en su parte superior una papelera de hierro forjado que hay a la izquierda, a continuación se dirige hacia los coches aparcados en la calle Logodi. La colilla es como las que están diseminadas por el suelo. La encargada del parquímetro de la zona, musita la bibliotecaria, que se ve obligada a abandonar sus fabulaciones

175



y decide concentrarse en lo que venía a hacer: escuchar a Sándor Márai.

Lo primero que éste le dice es que el puente de las Cadenas que ella ha pisado, los edificios del Palacio Real y del barrio del Castillo que acaba de ver y el que está a su derecha no son los que él pisó, vio y habitó; que no son aquellos, sino otros, que han sido reconstruidos en los lugares que los primeros ocupaban. Porque a la época efervescente de creación de la identidad de Budapest le siguió, como siempre en su historia, una fase de terrible destrucción.



“En Hungría, las celebraciones eclesiásticas siempre han dado lugar a fiestas solemnes, multitudinarias y tribales. Así que, según las indicaciones del calendario gregoriano, el 18 de marzo de 1944, día de Sándor, Alejandro, invitamos a cenar a algunos parientes (...). Estábamos en el comedor de aquel piso antiguo de Buda, donde yo llevaba viviendo casi dos décadas.”

176

Es el inicio del relato de Márai, que se convierte en narrador de una película que la bibliotecaria contempla en la pantalla de la calle Mikó.

Once personas sentadas alrededor de una mesa ovalada iluminada con las velas de dos candelabros franceses; la vajilla, con dibujos de cebollas, es de porcelana de Meissen; los cubiertos, de plata. Todo ello, así como los muebles, antiguos, proviene de las familias de los dueños de la casa, Sándor y Lola. Tras la cena y la tertulia, hacia las doce de la noche, los comensales se despiden. Suena el teléfono: los alemanes acaban de ocupar Hungría, sus tanques suben por el barrio del Castillo, los está viendo desde el Ministerio el amigo que se lo cuenta, tres días más tarde detenido y enviado a un campo de concentración. Márai se sienta junto al escritorio; en las paredes de la habitación, retratos de parientes muertos: su padre, su abuelo... Serios y silenciosos, como él al oír el ruido de los tanques, mientras fuma sin parar contempla los libros de las estanterías —seis mil volúmenes—, sus ojos se posan en una obra de Marco Aurelio comprada a orillas del Sena, en las Conversaciones con *Goethe*, de Eckermann, y en una edición antigua de la Biblia en húngaro.

Los días siguientes la Gestapo patrulla por las calles en busca de judíos y sospechosos. El domingo por la mañana Bajcsy-Zsilinszky dispara al oficial que va a detenerlo. Un día más tarde, Sándor y Lola se trasladan a un pueblecito cercano.

Pasado un año, en marzo de 1945, tras la expulsión de los nazis por el Ejército Rojo, la pareja regresa a Budapest. “A medida que nos aproximábamos al barrio de Buda en que habíamos

vivido, el paisaje iba cambiando a cada esquina: los edificios conocidos estaban transformados en ruinas apenas reconocibles (...) De nuestra casa sólo quedaban las paredes principales. Durante el cerco, el edificio había sufrido tres bombardeos y más de treinta ataques con granadas”.

La casa de la calle Mikó reducida, como tantas otras, a escombros. Como la casa de una planta de la calle Logodi que quedaba justo al volver la esquina. En ella había habitado hasta su muerte, en 1936, Dezső Kosztolányi. En ella trabajaba, rodeado de libros que cubrían las paredes. Escribía poesías, novelas, artículos para periódicos, traducía... y leía, leía sin cesar, pues “no solamente había que proteger, limpiar y pulir el precioso idioma húngaro, tan solitario, sino que había que rellenarlo, por medio de la lectura, con motivos de otros idiomas. [Porque] el poeta húngaro, al cavar en las capas más profundas de su conciencia, no siempre encontraba palabras o términos apropiados para describir un fenómeno nuevo: era como si la lengua se hubiese quedado adormilada, somnolienta, en algún lugar lejano del siglo pasado (...) Kosztolányi sabía que al estar en medio de eslavos y germanos sólo disponía de una patria: el idioma húngaro. Todo lo demás era, en cualquier época, oscuro, borroso y fluctuante: las fronteras, los pueblos, todo. El idioma era lo único constante, cada vez más cristalino, como un diamante. Había que pulirlo sin cesar para que brillara cada vez con más luz propia”.

Márai contempla largo rato los escombros de la casa de Kosztolányi. Lo ve de nuevo —alto y delgado, sombrero de ala estrecha y corbata fina de color vivo que contrasta con sus ojos grises verdosos— descender con paso rápido los escalones de la calle Mikó y entrar en el número 2, en cuyo interior no se dirige a la primera planta donde reside su colega Sándor, sino al sótano en el que viven el portero y su mujer, con los que gusta de conversar alrededor de una mesa. Lo ve regresar a la casa baja de la calle Logodi, escribir, con tinta verde, unas páginas de *Édes Anna*, novela traducida al castellano como *Anna la dulce*, cuya protagonista principal está inspirada en la esposa del portero de la casa de Márai, que es también el edificio donde se desarrollan los hechos de la novela, aunque el autor los sitúe en un número imaginario, el 278, de la calle Attila, paralela a la Logodi; o un artículo periodístico —las colaboraciones con la prensa constituyen su principal fuente de ingresos—; o la poesía *Embriaguez al alba*, en la que “vaticinaba que un día todo lo que teníamos a nuestro alrededor, casas y edificios, todo, se convertiría en ruina y carroña”.

Ruinas también los hermosos castaños de Indias cuyas copas llegaban hasta los balcones del primer piso de la calle Mikó, abatidos por bombas y obuses.

Ruinas asimismo el Palacio Real y el barrio del Castillo. Acodado en el baluarte de dicho barrio, Sándor Márai contempla el barrio de Krisztina destrozado. Allí, en la calle Mikó, se había establecido con Lola después de una prolongada estancia en diversas ciudades europeas. Allí había nacido, y fallecido poco después, el único hijo de la pareja. Allí había escrito novelas y artículos periodísticos que hicieron de él un escritor consagrado. Allí habían sido vecinos del panadero que durante la guerra servía a todos, sin cobrar, y que fue delatado a los soviéticos como simpatizante de los nazis; del Sr. Kovács, carpintero devoto de la Biblia; del crítico literario Aladar Schöpflin; del boticario y su esposa, que tras la guerra lloraba la muerte de su perro; del gran Kosztolányi... Todo ruina y carroña, y, sin embargo, no llora ni se

lamenta; experimenta, por el contrario, un gran alivio porque siente que junto a su hogar ha sido destruido un malentendido, una imagen: la del escritor burgués en una ciudad, Budapest, regida por una falsa burguesía. Esa imagen esconde al otro Márai: el nacido en una familia burguesa de provincias en la que el fondo no se diluye en la exquisitez de las formas, en la que los libros —la literatura de calidad— no sólo sirven, como en la capital, para decorar las paredes, sino que se leen a fondo; en la que el brillo personal debía estar vinculado al servicio a la comunidad. Comparados con su padre y los burgueses de Kassa, su ciudad natal, los burgueses de Budapest le parecen figuras de un museo de cera: “el señor consejero superior del gobierno, su honorable excelencia, la gran señora atormentadora de criadas, el plutócrata del barrio obrero de Lipot...”.

El rostro de Márai acodado en el baluarte del barrio de Castillo, rodeado de ruinas, expresa una gran serenidad. “Yo creía que se había aniquilado en mí el escritor burgués, el escritor urbano o el *dandy* (...) Eso creí por un momento. Fue un momento bellissimo, inolvidable... Como cualquier momento en que uno miente con un alivio total y con absoluta sinceridad, a sí mismo o a otra persona. Entonces aún no sabía que uno nunca se libra totalmente del malentendido que se forma acerca de su persona, que no puede librarse porque el malentendido también contiene elementos de verdad, y la caricatura que el mundo le pone como espejo es, a un tiempo, él y el otro que ha estado tratando de disimular durante toda su vida”.

178

Aliviado, pues, creyéndose liberado de la caricatura de sí mismo diseñada sobre todo en Pest —corazón de la vida social de la ciudad— Márai cruza la plaza Dísz, “tan vacía y desolada como Pompeya en invierno”, y se dirige hacia el bastión de los Pescadores, contempla desde allí los restos del puente de las Cadenas que sobresalen del agua — los nazis, al abandonar la ciudad, han volado todos sus puentes— y en las inmediaciones de la iglesia de Matías encuentra los cadáveres de dos caballos. Pensativo, desciende hacia las calles del que hasta un año antes había sido su barrio y se pierde por las callejuelas de Buda. Y calla.

La bibliotecaria abandona su asiento de la calle Mikó y cruza la calle para penetrar en el extenso parque de Vérmez , que ocupa gran parte del lado correspondiente a los números pares de la calle Attila. Su nombre significa campo del Suplicio, porque en él fueron ejecutados en 1795 los dirigentes jacobinos húngaros. En él murió también y fue enterrado Lajos Báalazs, que sucedió como portero del número 2 de la calle Mikó al que recibía las visitas de Kostolányi cuando dejó el puesto tras la muerte del escritor —continúa, tras la prolongada pausa, la voz de Márai—, cayó el último día de la guerra, al socorrer a una mujer herida, murió ahí mismo, “en la esquina de nuestra calle con el parque”. No fue el único en recibir sepultura en él, pues el parque de Vérmez se convirtió durante los meses del cerco soviético a la ciudad en cementerio improvisado. Ahora, en el extremo que da a la calle Mikó hay una zona de juegos infantiles, está abarrotada de niños que meriendan y suben y bajan sin cesar de columpios, balancines, toboganes... El silencio del resto del parque contrasta con la algarabía producida por los pequeños. La bibliotecaria se sienta en uno de los bancos rojos y comprueba que hacen honor al nombre del lugar: la única y estrecha tabla que hace de asiento está tan alejada de la que sirve de respaldo que está a punto de acabar sentada en el suelo. Se ve obligada a colocarse en el borde de la tabla sin poder apoyar la espalda. Más suplicio que descanso. Se levanta enseguida, camina por la calle Attila, encuentra un nuevo parque,

dedicado a Haydn; frente al busto del músico, siguiendo un impulso, cambia el trayecto que había decidido y retrocede sobre sus pasos.

En la parte más elevada de Víziváros se encuentra Rózsadomb, la colina de las rosas, que debe su nombre a Gül Baba, derviche musulmán que tomó parte en la conquista otomana de Buda en 1541 e introdujo en ella las rosas. La bibliotecaria pretende llegar a la tumba del “padre de las rosas” por la calle Margit, se hace un lío con las calles, sin darse cuenta deja atrás la que debía tomar y se interna por otra llamada Rómer Flóris, cuya pronunciada pendiente la hace sudar, está segura de que en la cima de la calle encontrará el acceso a la tumba —convicción totalmente arbitraria porque si observara bien el plano concluiría lo contrario—, poco antes de llegar a ella, tras un momento de vacilación, decide cruzar la acera para leer una placa que divisa junto a un portal y, de repente, queda deslumbrada por un centelleo del tejido ajado que Sebald dice que llamamos casualidad y coincidencia, pues lo que contiene la placa del número 28 de la calle Rómer Flóris es lo siguiente:

Ebben a házban élt és
alkotott 1945-1948-ig,
végső emigrációjaig
MÁRAI SÁNDOR IRO
1900-1989

Es decir, que ahí vivió Márai de 1945 a 1948, antes de emigrar. Es un edificio de cuatro pisos, la parte central de su fachada es de piedra rosa oscuro y tiene cuatro ventanas, a cada lado de ellas, siempre en vertical, cuatro balcones, y tras ellos, sillares grises rematan el edificio por los flancos y la planta baja, que tiene una ventana a cada lado del portal. Se encuentra encajado entre dos casas un poco más altas y de color ocre; enfrente, villas en un recinto cercado.

“Encontré alojamiento provisional en una casa de emergencia adonde trasladé algunos muebles rotos y desvencijados, y en la cual me instalé con mi familia —resurge la voz de Márai—. Durante tres años —desde marzo de 1945 hasta agosto de 1948, fecha en la que abandoné el país—, aquel piso fue mi hogar: allí viví, apartado pero no del todo insatisfecho” (...) [Desde su balcón] podía verse la tumba de Gül Baba y los jardines de las casas de Rózsadomb. Más allá, entre dos hileras de edificios, se distinguía el Danubio.”

La bibliotecaria prosigue su camino, desde el punto más alto de la empinada calle donde habitó Márai divisa la cúpula y las torres del Parlamento. Desciende, encuentra la calle Mescet, contempla un zumaque a la entrada de un pequeño parque, bordeándolo, siempre en cuesta, llega al recinto del derviche otomano. La tumba, que contiene un túmulo cubierto de lujosas telas colocado sobre alfombras, cuadros de azulejos y un jarrón con tres rosas, está dentro de una construcción octogonal rematada por una media luna dorada. El jardín que la rodea, lleno de rosas, cuenta con dos fuentes, una cantarina, y la otra, adornada con azulejos, silenciosa pero no muda, como comprueba al abrir el grifo. La bibliotecaria, única visitante, echa un rato el ancla en este oasis de paz primorosamente cuidado, desde donde puede ver, tras robinias y castaños y los tejados del barrio, las cubiertas verdes del Palacio Real y más al fondo, a la

izquierda, la silueta de una muchacha que con los brazos alzados sostiene algo por encima de su cabeza. En este marco prosigue la película iniciada en la calle Mikó.

En 1948, Márai es objeto de un virulento ataque por parte de Georg Lukács. Es la gota que colma el vaso; decide salir del país. Antes de hacerlo, una mañana se despide de su editor, a continuación pasea por la calle Andrásy, una de las más importantes de la ciudad, y después de pasar por el número 60, sede de la policía política —hoy museo del Terror—, sufre una especie de extravío, no sabe “por dónde continuar, qué dirección tomar”, en aquel trance oye de repente unas palabras: “Uno debe vivir su propio destino...”. Reconoce la voz de inmediato: “Así me habló Goethe, allí, en la esquina de la calle Szív”. Ya no le queda ninguna duda; en agosto, acompañado de Lola y János, hijo adoptivo de ambos, deja Budapest. Y Hungría. Para siempre.

La película prosigue en Suiza, Nápoles, Nueva York, Salerno y San Diego (California). El narrador, ahora Ernő Zeltner, explica que en Nueva York, Lola trabaja de dependienta en unos grandes almacenes y Sándor realiza colaboraciones para radio y televisión, y sigue escribiendo: “se había convertido forzosamente en editor de sus propias obras. Hacía imprimir por su cuenta pequeñas tiradas de sus libros en húngaro y los enviaba a sus amigos, a gente interesada y a librerías húngaras del mundo”. Y sigue leyendo: “Márai leía cada vez que tenía un minuto libre, tomaba contacto a su manera con la impresionante vida cultural de la ciudad y del país, visitaba museos y galerías. Toda su pasión se volcaba aquí en las bibliotecas que para él no eran museos de libros ni áridos seminarios, sino ‘casas donde disputan, se rebaten o coinciden los espíritus (...) y donde nadie interrumpe con su charla, nadie te sermonea, donde no hay esnobismo ni reglamentaciones pedantes (...). Las bibliotecas americanas me resarcan de todo durante estos años; sustituyen para mí el hogar, el Café, la vida social’. Prefería, más que ninguna otra, la Public Library de la calle 42 de Nueva York en la que, según su propio testimonio ‘vivió’ durante quince años”.

La escena final tiene lugar en San Diego, el 21 de febrero de 1989, cuando Sándor Márai, definitivamente solo —Lola había muerto en 1986 y János en 1987—, anciano y enfermo, decide poner fin a su vida. Años después volvería a ser Sándor Márai.

¡Qué pena! —piensa la bibliotecaria— con el poco tiempo que faltaba para que la situación en los países del este cambiara... Idea que resurge en su mente al saber lo ocurrido con los judíos de Hungría en el tramo final de la II Guerra Mundial. La población judía húngara, uno de los motores más activos de la economía del país, vivió la guerra en una tranquilidad que no conocía parangón en los países vecinos. Su número se vio incrementado por la llegada de refugiados y por los judíos de los territorios anexionados por Hungría en la guerra, pasando de 500.000 a 800.000 personas. Esta situación acabó en 1944 con la invasión del país por parte de Alemania. Eichmann en persona se instaló, con su plana mayor, en el hotel Astoria y “en menos de dos meses 147 trenes sacaron del país a 434.351 personas, transportadas en vagones sellados, en razón de cien individuos por vagón; y las cámaras de gas de Auschwitz apenas pudieron dar abasto (...). En ningún lugar se deportó y asesinó a tanta gente en tan poco tiempo”, afirma Hannah Arendt. Que añade que en noviembre del mismo año —¡con el Ejército Rojo a la vuelta de la esquina!— se organizaron, a falta de trenes, marchas de judíos

a pie a los campos de concentración y que al final quedaron 160.000 judíos, de los que muchos murieron en pogromos.

Todos ellos son homenajeados en la plaza que ocupa la parte trasera de la Gran Sinagoga de Erzsébetváros, barrio de Isabel, en Pest. Allí, en la pared del fondo, hay cinco bloques de nichos resguardados por un empujado del que descienden ramas con hojas verdes, una abertura en la parte superior de cada uno permite ver que están llenos de guijarros; abajo, el nombre del fallecido. En la parte central, separada del espacio de los nichos por una vidriera realizada por Klára Szilard, sobreviviente del Holocausto, varios monolitos rectangulares rodeados de plantas contienen también nombres de víctimas y en el suelo, en una lápida de mármol negro rodeada de guijarros hay una lista de veintiún nombres encabezada, en caracteres mayores, por Raoul Wallenberg. Son las personas que en aquellos meses dramáticos de 1944 ayudaron a muchos judíos a salvar la vida. Wallenberg, diplomático sueco, montó una red de pisos clandestinos donde los escondían hasta facilitarles un pasaporte; el cónsul español Ángel Sanz Briz, que aparece en segundo lugar, lo consiguió para 5.000 judíos perseguidos, y tuvo más suerte que su colega sueco ya que sobrevivió a la guerra y pudo contarlo, mientras que el primero, detenido por los soviéticos, desapareció en las brumas siberianas. A Wallenberg se le dedica una calle en la zona de Pest que da a la parte sur de la isla Margarita y una parte del cercano parque Szent István en la que se alza —catalpas, tilos y castaños de Indias la contemplan sin cesar— una estatua que representa a un hombre desnudo en lucha contra una serpiente; en el pedestal, el nombre del homenajeado, su efigie de perfil y un texto que da cuenta del trabajo que realizó. En la calle Dob, en las inmediaciones de la Gran Sinagoga y al lado del café Spinoza hay un recuerdo para Carl Lutz, cónsul suizo, que aparece en quinto lugar en la lista: bajo una catalpa, una figura dorada, suspendida en el aire, sujeta con una especie de tela desplegada a otra tendida en el suelo.

Por último, en la plaza trasera de la Gran Sinagoga se levanta un sauce llorón de metal, obra de Imre Varga, en cada una de sus hojitas tiene grabado el nombre de un judío asesinado: Rado Ella,

Rado Henrik... lee la biblioteca, ¿qué parentesco les uniría?, se pregunta, ¿serían hermanos?, ¿esposos?, ¿padre e hija? ¿habrían coincidido con Imre Kertész, aquel muchacho de apenas quince años que treinta más tarde escribiría Sin destino, en Auschwitz o Buchenwald? No lo sabe, pero en el museo de la sinagoga tiene ocasión de contemplar uniformes y objetos similares a los que segura-





mente les tocó usar en el campo de concentración y fotografías estremecedoras de quienes como ellos, con el estupor en el rostro, eran sacados de sus casas y conducidos al infierno o asesinados junto a la misma sinagoga (y enterrados en uno de sus flancos).

La bibliotecaria deambula por las calles de lo que fue el barrio judío de Budapest, ve algunas tiendas y restaurantes con letreros en hebreo.

Cagadas de perro y meadas de hombre. En un coche rojo —su particular carroza carmesí—, dos jóvenes con gafas negras, canuto y papel de plata en mano, huyen del pasado, del presente y del futuro. En la calle Síp, un magnífico palacio cosido a impactos de metralla. Decoración que se va haciendo frecuente en la calle Puskin y colindantes; en el edificio que ocupa los números

182

14-16 de aquella, un busto en relieve tallado en la pared representa a Darwin. Al llegar al punto en que la calle Puskin se cruza con la Bródy Sándor se detiene, siguiendo a la derecha de esta última encuentra el Instituto de Cultura Italiano, retrocediendo y a la izquierda, en los números 5-7, la Radio húngara, en la fachada un placa, en la que se ve un tanque que va a pasar sobre una estrella y un joven con una bandera, contiene cuatro nombres: Albecker Rudolf, Kószegi Imre, Králl János y Szabó Kázmér, muertos, alrededor de la veintena, en 1956. El año fatídico. Que exige de nuevo volver hacia atrás. Recordar. Para hacerlo, nada mejor que el *Libro del recuerdo*, de Péter Nádas.

En él, el narrador rememora su juventud. Aquel martes de finales de octubre en que, acabadas las clases, tablilla de dibujo y cartera en mano, se dirige en tranvía con dos compañeros al centro de la ciudad. En la plaza Karl Marx, desde el estribo del tranvía del que van colgados ven la multitud de personas que impiden avanzar al vehículo: “infinitud de pies que desfilaban pisando periódicos y octavillas, venían de todas las direcciones, de dos en dos, en largas columnas cerradas, individualmente, en grupos formados sobre la marcha, con pancartas y banderas y se movían en las más diversas direcciones”. Saltan del tranvía y “nos envolvió la fuerza irresistible del movimiento y nos encontramos rodeados de un grupo de hombres jóvenes con aspecto de obreros”. De pronto, el gentío enmudece, pues “por la calle Bajcsy-Zsilinkszky, con siniestro chirriar de orugas y sordo zumbido de motor, apareció un tanque con la escotilla de la torreta abierta”, la tensión es extrema, los corazones galopan por el pecho de los manifestantes como potros desbocados, el tanque avanza lentamente, conforme se acerca los rostros comienzan a relajarse, pues comprueban que los soldados, desarmados, confraternizan con la gente concentrada, al alivio le sucede una explosión de alegría: “el tanque se alejaba en dirección a la via Váci”.

En él, el narrador rememora su juventud. Aquel martes de finales de octubre en que, acabadas las clases, tablilla de dibujo y cartera en mano, se dirige en tranvía con dos compañeros al centro de la ciudad. En la plaza Karl Marx, desde el estribo del tranvía del que van colgados ven la multitud de personas que impiden avanzar al vehículo: “infinitud de pies que desfilaban pisando periódicos y octavillas, venían de todas las direcciones, de dos en dos, en largas columnas cerradas, individualmente, en grupos formados sobre la marcha, con pancartas y banderas y se movían en las más diversas direcciones”. Saltan del tranvía y “nos envolvió la fuerza irresistible del movimiento y nos encontramos rodeados de un grupo de hombres jóvenes con aspecto de obreros”. De pronto, el gentío enmudece, pues “por la calle Bajcsy-Zsilinkszky, con siniestro chirriar de orugas y sordo zumbido de motor, apareció un tanque con la escotilla de la torreta abierta”, la tensión es extrema, los corazones galopan por el pecho de los manifestantes como potros desbocados, el tanque avanza lentamente, conforme se acerca los rostros comienzan a relajarse, pues comprueban que los soldados, desarmados, confraternizan con la gente concentrada, al alivio le sucede una explosión de alegría: “el tanque se alejaba en dirección a la via Váci”.

Los manifestantes protestan contra el poder de Moscú; el narrador, hijo de un alto cargo del régimen, contra el poder paterno. En medio de la marea que lo arrastra se da cuenta de que “esto era una revolución y que yo estaba en ella, y que si mi padre hubiera estado allí —naturalmente, yo comprendía que él no podía estar, aunque no sabía dónde estaba, dónde se escondía, para su vergüenza— lo hubiera definido con el término opuesto (...) Esto es una revolución, repetí para mis adentros, como si se lo dijera a él, y lo dijera con un oscuro afán de venganza, con malsana satisfacción, como si buscara desquitarme por todo...”.

La multitud avanza por el bulevar Szent István hacía el puente Margit, la gente saluda desde las ventanas. Ya en el puente, otro cortejo, proveniente de Buda, les cierra el paso: “eran estudiantes que venían de la plaza Bem, y nos sumamos a sus filas”. Juntos se dirigen al Parlamento. Ya divisan su cúpula, coronada por una gigantesca estrella roja colocada hace unos meses, cuando “sentí que me abrazaban por la espalda y una mano blanda y cálida me tapaba los ojos”. Es su amigo Kálman, considerado enemigo del pueblo por ser hijo de un panadero independiente, que agita los brazos, feliz.

Una vez en la plaza, trepan ambos por el monumento a Kossuth para ver la muchedumbre que la ocupa; comienza un clamor pidiendo que se apague la estrella; se apagan todas las farolas, queda sólo la luz roja de la estrella; ruidosas protestas seguidas de un silencio total iluminado por miles de periódicos en llamas... Allí pierde el narrador su tablilla de dibujo.

En el cruce de las calles Pushkin y Sándor Bródy, pierde horas después la cartera; su amigo Kálman, la vida: “mientras corría comiendo su rebanada de pan con mermelada de ciruela, cayó desde los disparos hechos desde una azotea, y yo pensé que había sido muy listo al arrojar al suelo para esquivarlos, y creía que lo que le manchaba la cara era mermelada”.

Así empezó, el 23 de octubre de 1956, aquel otoño de Budapest que, como la primavera de Praga una docena de años más tarde, fue engullido por las fauces del eterno invierno soviético.

La bibliotecaria sigue los pasos dados por aquellas dos marchas multitudinarias que confluyeron en la plaza del Parlamento. La plaza Bem, en Buda, al pie de la colina Rózsadomb, a la que se acercó un grupo de estudiantes de la Escuela Politécnica para depositar flores ante la estatua de Bem Apó —polaco que se distinguió en la lucha por la independencia con los turcos— y seguir a continuación la dirección que señala su brazo extendido hacia Pest, pasando por el puente Margit, donde se encontrarían con el cortejo que había salido de la plaza Karl Marx, ahora Nygati tér. En ella, la bibliotecaria contempla el magnífico edificio de la estación de tren constituido por un cuerpo central de cristal y acero con fachada en hastial flanqueado por dos laterales, más altos, de ladrillo, con dos torres cada uno. Los tranvías llegan y salen sin cesar. Emes mayúsculas de distinto diseño han sustituido a la de Marx: una, la correspondiente a la estación de metro; otra, la que anuncia el McDonald's instalado dentro de la estación, de primoroso estilo *kakania*. Hay un pequeño centro comercial —muy cerca está el gigantesco *West* en— y una librería de varios pisos, en cuya planta baja hay una frase de Kosztolányi en la pared; la bibliotecaria constata la buena salud editorial de Magda Szabó y Márai, de Hrabal y Kundera, de Auster y Vonnegut, los precios de sus libros oscilan entre

2.000 y 2.500 forintos. El horario de apertura, según consta en una placa a la entrada, es de 10 de la mañana a 12 de la noche. El reloj de la estación marca las cuatro, sería un poco más tarde cuando aquella multitud partió, hace cincuenta y un años, por la calle Bajscsy Zsilinkszy, imagina sus tres carriles llenos de gente, seguramente también los raíles de los tranvías, les tuvo que costar un buen rato llegar a la avenida Szent István, atravesarla sin prestar atención a los sillares y frontones de los edificios, pero sí a las personas que les animaban desde las ventanas, y al puente Margit, para luego, unidos al grupo que venía de Buda, desplazarse por la orilla del Danubio hasta el Parlamento, y congregarse en la enorme plaza que da a su entrada principal, que mira al este. Es domingo y también ahora está llena de gente, parte del recinto está vallado y dentro, asustados, se pegan unos a otros unos pocos ponys, cabras, corderos y caballos, sobre un estrado se suceden grupos bailando danzas regionales; al norte, la estatua de Kossuth señala hacia el Parlamento; un gato blanco y negro se pasea por el césped vecino. La bibliotecaria cierra los ojos y ve la plaza a oscuras, una gran estrella roja brilla en lo alto de la cúpula, periódicos en llamas surgen por doquier. Desde ahí, buena parte del gentío se dirigió a la sede de la Radio, donde policías de paisano dispararon a la multitud. En la plaza que da a la parte trasera del Museo Nacional —en el que el poeta Petőfi llamó al levantamiento, también fracasado, en 1848, contra los austríacos—, en la intersección de las calles dedicadas a los escritores Bródy y Pushkin, comiendo una rebanada de pan con mermelada que le había dado una mujer desde una ventana, cayó muerto Kálman, travesunto literario de Rudolf, Imre, János, Kázmer y tantos otros jóvenes cuya sangre tiñó de rojo Budapest en el otoño de 1956. No sólo quedan huellas de la enfrentamientos en algunos edificios de estas calles, llenos de impactos de bala y metralla, las hay también y en mayor cantidad en muchas de las calles —Práter, Vajdehunyad, Nap...— cercanas al fascinante edificio que alberga el Museo de Artes Decorativas, que se extiende en los números 33-37 de la calle Üllői, zona que resultó devastada tras la invasión soviética del 4 de noviembre; y hacia el noreste, en la plaza Koztárságág, cercana a la estación de tren Keleti, frente al número 26 —sede hoy del Partido Socialista y ayer del Comunista—, un busto recuerda a Jean Pierre Pedrazzini (1927-1956), reportero gráfico de Paris Match, herido de muerte el 30 de octubre.

La bibliotecaria pasea más tarde por la calle Andrásy, contempla el imponente edificio de la Ópera; ante la fachada, un grupo de personas canta un conocido fragmento de *Carmen*. Llega al número 60 de la calle, donde también se “cantaba”, y mucho, durante los últimos años de la década de los cincuenta y principios de los sesenta. Los acusados de participar en el levantamiento “contrarrevolucionario” de 1956 eran las figuras de esa otra ópera, sus tenores y sopranos; la tortura, la batuta que extraía de ellos las mejores arias. A los torturados y ajusticiados en la sede de la Policía de Seguridad del Estado se les recuerda en el edificio convertido hoy en el museo del Terror. Se lee en el chaflán: “Kik érted haltak...” Hősök Fala 1956, y a partir de él, extendiéndose en hilera, adheridos a los sillares grises de la fachada y el lateral, se suceden los retratos de doscientas trece personas, cinco de ellas, mujeres. Algunas, pocas, no tienen rostro, sólo nombre y fecha de nacimiento y defunción.

La calle desemboca en Hősök tere, plaza de los Héroe, en su parte central se alza el monumento al Milenario (de la creación del estado magiar), galería de próceres con la habitual para-

fernalía patria de estos casos; la estatua gigantesca de Stalin que en él había fue derribada por los manifestantes en aquel octubre lejano pero en absoluto olvidado.

El gran número de muertos, exiliados y represaliados por la rebelión de 1956 tuvo que sumergir a los habitantes de Budapest en una profunda depresión. Si no los envió directamente al planeta Trafalmore, con el Billy Pilgrim de Vonnegut. Fue el

último desastre de un siglo, el XX, terrible para el país y la ciudad, que, sin embargo, habían entrado en él bajo el signo de la creatividad y la confianza en las propias posibilidades. Quizá por ello —piensa la bibliotecaria mientras pasea por el Parque Municipal que se extiende tras el monumento al Milenario— la capital húngara siente tanta nostalgia —sus barrios todavía llevan los nombres de los monarcas austríacos— de la época del Imperio, de Kakania, en la que Pest se consolidó como centro de la vida social y económica y la ciudad modeló su fisonomía. El canto de un pájaro de plumaje blanco posado en un álamo temblón atrae su atención: *"Plañitzen niz bihotzetik / Gaitza zer dudan ez dakit. / Dolore handi batek hartürik, / Ez nuke axolarik / Balitz erremenderik;/ Bena*

ez düzü barbererik / Mundu guzian bat baizik, / Ene gaitza sendo dezakenik. / Hura berant etsiturik / Hola nago tristeturik". La bibliotecaria sonrío al reconocer el disfraz de Márta Sebestyén, la gran dama del folclore magiar, y atiende a la nueva voz que surge desde un ailanto.

"En esos años la vida nocturna de Budapest era como la de París o Niza", dice Gyula Krúdy, autor de la novela *La carroza carmesí*. Uno de los lugares de encuentro de sus

protagonistas —actrices a la caza del papel de su vida, críticos a la caza de actrices, nobles en decadencia, poetas en la miseria, damas de la noche— era un teatro situado en este Parque



Municipal. Entre risas y copas sus destinos —y sus cuerpos— se cruzan en la búsqueda común de aventuras y de éxito. Los sentimientos caballerescos perviven en Buda: “Por las noches, en la calle Logodi, alguien tocaba la mandolina desde una ventana” —¿Kostolányi, que a primeros de siglo escribía poesía modernista?— y en los corazones de Klára Horváth, actriz, y Rezeda, crítico literario, cuyos anhelos son como las golondrinas: rehúsan poner pie en tierra. La primera desprecia a los hombres que tiene a su alcance y sueña con un noble que viaja en carroza carmesí tirada por seis caballos; aprecia la literatura rusa —habla de Oblómov y Turgueniev— y tiene una curiosa fijación con Navarra: “Me siento como una princesa de la corte de Navarra”, dice en una ocasión; “Estella es una ciudad de Navarra, y así se llama una de mis amigas...”, lo hace en otra. Rezeda, su enamorado que desnuda mujeres con soltura lasciva... en sueños, sigue su estela: “Hubiera tenido que hablarle en francés, presentarme como conde de Navarra...”. A ambos, el Amor les impide amar.

La bibliotecaria se encuentra ahora en la isla Margarita, gran hoja verde que flota sobre el Danubio atrapada entre los puentes Árpád y Margit. Después de vagar entre bustos ilustres y árboles enormes —¡qué hermoso el rincón que acoge a los músicos Kodaly y Bartok y al poeta Attila!— y disfrutar de piores y trinos y de las acrobacias de una ardilla que sube y baja por las ramas de un plátano como una centella, se sienta en un banco del jardín japonés que se extiende junto al costado oeste del Grand Hotel. En la paz y tranquilidad que allí reina, prosigue sus reflexiones. Concluye que, en esta ciudad, a la gran borrachera de los años de transformaciones que precedieron a la I Guerra Mundial le siguió una resaca que se prolongó casi todo el siglo. Mutilación del país y, de nuevo, la servidumbre. El destino que no cesa. Budapest: la otra. En estas circunstancias, como una variante particular del tema hegeliano del amo y el esclavo, cobra un relieve especial en la literatura magiar la figura de la criada. Si la señora es la mente que dispone, la sirvienta es la mano que ejecuta. La otra. Que toma ahora el puesto de protagonista principal.

186

Una de ellas es Anna Édes, personaje de *Anna la dulce*, novela que Dezső Kosztolányi publicó en 1926. En ella refleja los vaivenes de la sociedad húngara de la época inmediatamente posterior a la I Guerra Mundial a través de las relaciones entre los señores de una casa del barrio de Krisztina y las criadas a su servicio. El giro a la izquierda impuesto por la comuna de Béla Kun en 1919, cambia las coordenadas arriba y abajo: la Sra. Vízny debe pasar por comisaría, acusada de enviar mensajes contrarrevolucionarios al sacudir un mantel por el balcón; su marido se ve obligado a vestir como un mendigo para pasar desapercibido y trata como un igual —“camarada Ficsor”— al envalentonado portero del edificio. A los pocos meses se produce el giro a la derecha, el Sr. Vízny desempolva sus elegantes trajes y el portero, de nuevo servil, recupera el desterrado “ilustrísimo señor”. En este contexto, la mayor preocupación de la Sra. Vízny es conseguir una criada eficiente y de confianza. Ninguna —Katica, Lujzika, Örszi, Karolin, Lidi, Margit, Mari, Ilona, Emma, Böske... la lista es interminable— le dura más de seis meses. Todas son unas vagas y unas ladronas, “las mismas perras con diferente collar”. Pero inesperadamente consigue una joya: la joven Anna, procedente de un pueblo cercano al lago Balaton, sumisa y hacendosa, supera todas las pruebas —billetes caídos, sortijas olvidadas, armarios abiertos...— de honradez y suscita, con su trabajo incansable y falto de pretensiones, la envidia del vecindario. Con Anna la vida vuelve a ser llevadera, y ella

misma es feliz, afirma Ángela Vizy, porque “no tiene que mantener un apartamento tan grande, ni romperse la cabeza a diario para saber qué poner en la mesa, ni preocuparse por encontrar el dinero para ello, sólo tiene que vivir, libre y sin agobios. Yo suelo decir que hoy en día sólo viven bien las criadas”. Pero un buen día a la dulce Anna —convertida en juguete de un héroe de nuestro tiempo— se le funden los plomos y acaba ejecutando algo más que las órdenes de su ama. De nuevo *Las criadas*, que Jean Genet escribió basándose en el caso real de las hermanas Papin.

Mucho menos dócil pero tan trabajadora es Emerenc Szeredás, que entra, ya anciana, al servicio de una joven escritora durante la época de dominio soviético en la novela *La puerta*, de Magda Szabó. Esta figura entrañable posee un inmenso corazón cuyas cicatrices esconde tras una coraza que, como la puerta de su casa, mantiene cerrada al mundo. Originaria de un pueblo de la llanura húngara que abandonó a los trece años para iniciar su larga vida de sirvienta en la capital, después de muchas dificultades, rabiets y desplantes establece una relación maternal con la escritora que permite a ésta ir descubriendo sus secretos. Emerenc y los gatos. Emerenc y Viola. Emerenc y la Iglesia. Emerenc y las tormentas. Emerenc y la alergia a dormir en camas. Emerenc y los perseguidos. Emerenc y los intelectuales.

Emerenc, que puso como fecha y lugar de nacimiento en el libro de registro de la portería donde trabajaba los de la rendición húngara a los austríacos en la guerra de la Independencia de 1848, se identifica explícitamente con el destino de Hungría y de Budapest.

Un autor que ha prestado especial atención al personaje de la criada es Sándor Márai. En *El último encuentro*, la anciana Nini es el pilar que mantiene en pie la mansión y la vida de Henrik, el general. Hija de un cartero de pueblo que la expulsó de casa por tener un hijo de padre desconocido, comenzó a trabajar para la familia del general a los dieciséis años. Ella amamantó y crió al futuro general como si fuera su propio hijo, muerto al poco de nacer; y lo salvó de la muerte. Hermosa y fuerte, siempre sonriente y donde se la necesitaba, “no tenía ni título ni rango en la casa, sólo tenía su fuerza, que todo el mundo sentía por igual. Su fuerza llenaba la casa, a las personas, traspasaba las paredes, los objetos como una corriente secreta”. Nini, que representa el amor y la fidelidad en la vida del general, es, como él, una reliquia del mundo que se desmoronó con la I Guerra Mundial.

Fidelidad aporta también Nunu, la otra protagonista de *La herencia de Eszter*, a Eszter, enamorada de un embaucador que manipula una y otra vez sus emociones y la irá despojando de todo lo que posee. Pariete lejana de la familia, comenzó a trabajar para la abuela de la protagonista y, al no lograr su sueño de conseguir un puesto fijo en la oficina de correos de su ciudad natal, se quedó definitivamente en la casa. Silenciosa y sobria, siempre vestida de negro, Nunu es quien “lleva el timón de la vida diaria” y consigue que ambas, aunque muy modestamente, puedan tirar adelante. Hasta que reaparece Lajos, de la estirpe del gran Houdini.

Menos protagonismo que las anteriores tiene Trude en *Divorcio en Buda*, pero como ellas es un miembro más de la familia. Hija de un jefe de correos de un pueblo húngaro, “Trude es una buena chica, come con ellos en la mesa del salón, pero al mismo tiempo no tiene reparos en lavar la ropa de los niños”. La esposa del juez Kömoves la tacha de histérica porque se

altera con la luna llena y les cuenta a sus hijos historias extrañas. Los niños, por el contrario, quieren mucho a Trude y disfrutan con las historias de la muchacha.

En el mismo libro aparece una actitud novedosa por parte de los señores, la de Imre Greiner, que nacido en una mísera familia logró estudiar bajo la tutela de un pariente adinerado y una vez convertido en médico reputado no se siente cómodo en presencia del servicio: “cuando entro en las casas importantes siempre tengo que mirar a mi alrededor, no me atrevo a mirar al servicio a la cara porque temo acordarme del rostro de mi madre, no me atrevo a aceptar los servicios de una criada”. Tras su matrimonio, exigió a su esposa “que la criada comiera con nosotros en la mesa; con mi decisión hice sufrir a todos, también a las criadas. Una de ellas se marchó sin decir nada (...) Cada vez que entraba la criada yo me ponía de pie...”. El disgusto aleteaba en otro médico, el doctor Moviszter de *Anna la dulce* —“Mi criada en el fondo de mi alma siempre está sentada a mi mesa”; “tengo la sensación de que [a Anna] no la trataban como a un ser humano, sino como si fuese una máquina. La convirtieron en una máquina”—, y anuncia los problemas de uno de los protagonistas de *La mujer justa*.

Judit Áldozó es la otra en *La mujer justa*, una muchacha excelente, “casi un miembro de la familia”, “un milagro de obediencia y disciplina”, que a los trece años entra al servicio de una familia en la que el “ideal” que Musil equiparaba a la policía obliga a llevar una vida regida por las convenciones sociales y la frialdad sentimental. Hijo único de esa familia en la que crece solitario y sin amor, Péter será el instrumento de Judit para dejar de ser la otra y convertirse en personaje principal, desplazando a Marika, la primera esposa. Judit, que proviene de una familia que ha conocido la pobreza extrema, invierte toda su belleza, su instinto, su fuerza interior y su resentimiento en convertirse en gran señora. Cuando a través de su matrimonio con Péter logra el papel, demuestra que no está dotada para interpretarlo. “Cuando se encontró frente a la mesa colmada del mundo, le entraron náuseas porque intentó comérselo todo y a dos carrillos”. Su codicia la pierde. Péter descubre que “dentro y fuera de la cama, no me amaba, me servía” y pide el divorcio. En 1948, Judit se traslada a Viena, lleva consigo las joyas obtenidas a cambio de la separación matrimonial; posteriormente, se instala en Roma, en un hotel de via Liguria vive una nueva historia de amor, sólo que ahora es ella la que tiene que ir desprendiéndose de las joyas.

El personaje de Judit muestra que la condición de señora viene dada por la riqueza interior no por la exterior. Ella no lo es, tampoco Ángela Vizy, ni Eszter, esclava de un hechizo que le hace dejar a la anciana Nunu en la estacada; sí lo son, por el contrario, Nini y Nunu, dueñas de sí mismas, y también la cascarrabias Emerenc Szeredás: una gran señora.

En *La mujer justa* naufragan de nuevo el amor y la amistad. Y desaparece la lealtad, y la traición acecha en cada esquina. Como Lázar, el escritor que permanece mudo pero cobra protagonismo en los relatos de los tres narradores: Marika, Péter y Judit.

Péter Nadas aporta en *Libro del recuerdo* el esbozo —es un personaje secundario— de la criada utilizada como objeto sexual por el amo. Thomas, uno de los narradores, cuya juventud discurre en la Kakania de principios del siglo xx, pierde en un breve lapso de tiempo a su madre, por enfermedad, y a su padre, que se suicida tras violar y asesinar a una jovencita. En

su desamparo se refugia en Hilde, la criada de la casa: “a veces nos dormíamos abrazados sin que aquel contacto provocara ni la más leve excitación sexual; ella tenía ya cuarenta años y yo diecinueve; yo sabía que mi padre había robado la inocencia a su cuerpo cálido y dócil y durante años lo había utilizado como un objeto, ella sabía que tenía entre los brazos al hijo del hombre amado que meses antes había violado, asesinado y mutilado a su sobrina, una muchachita preciosa y frágil, casi una niña, a la que ella había traído a nuestra casa para que la ayudara”. Alguna vez Hilde exigiría un contacto más intenso.

La bibliotecaria, tras el oxígeno literario respirado en la isla Margarita, camina por la orilla derecha del Danubio, la de Buda, con cuidado de no penetrar en el carril bici que ocupa la mitad del paseo. Contra el pretil, arrastradas por el viento, se amontonan las hojas de los castaños de Indias y los tilos que caen primero, junto a zurrones y castañas, al pie de los troncos. Son árboles jóvenes, de tamaño mediano, no han visto; pero hay entre ellos algún que otro tronco grueso, sin ramas o con muy pocas, que quizá hayan sido testigos de la historia, se hayan codeado con los cañones que los nazis colocaron a lo largo del paseo y hayan visto y sentido pasar los obuses soviéticos. Cerca del acceso al puente Erzsébet, de Isabel, una estatua, también de György Zala, representa a Sissi sentada y con la cabeza ligeramente ladeada; a la derecha, sobre un promontorio, san Gellért alza una cruz. A la altura del siguiente puente, Szabadság, de la Libertad, surge la mole modernista del hotel Gellért, famoso por sus baños termales. La bibliotecaria asciende por las escaleras que dan a su fachada norte y conducen al monumento de la Independencia: una joven eleva sobre su cabeza una hoja de palma; a su izquierda, aparte, un muchacho corre antorcha en mano; a la derecha, también aislado, otro lucha con una bestia de cuatro cabezas. A continuación, la Ciudadela, recinto militar levantado por los austríacos para vigilar a la ciudad tras el levantamiento de 1848. Hay puestos de recuerdos típicos, bisutería y ropa; sobre un poncho de lana granate se ha posado, a la altura de la parte correspondiente al pecho, un saltamontes; parece una joya. Se sienta en un banco y disfruta del mejor y más completo panorama de la ciudad.

Otra vez abajo, toma la calle dedicada a Béla Bartók, encuentra, en un parque, una estatua que representa al músico de pie, alto y delgado, con una capa sobre los hombros y enmarcado por tres tabloncillos de madera que forman un dintel en el aire de cuya parte superior penden diversos modelos de campanas; a sus pies, tres ramos de flores. Detrás, arbustos, un pino y una kolreuteria; a la derecha, sentados en un banco beben y comen varios hombres con aspecto de mendigos. Continúa andando y enseguida alcanza su objetivo: la plaza Kosztolányi Dezső, en la que, como esperaba, encuentra, en un triángulo verde, una imagen del escritor. Sobre un pedestal de piedra sin pulir que se ensancha en la parte superior, descansa, delgado y melancólico, con la cabeza un poco reclinada y el antebrazo izquierdo sobre el derecho mostrando sus finas manos de largos dedos, el autor de *Anna la dulce*; a su izquierda, sobre un pedestal más bajo que parece una mesita, la figura de un libro, en la parte superior de la cubierta, el nombre del escritor, y, en mayor tamaño, el título: *Magia*, en la parte inferior, Tevan Kadás. Delante, sóforas japónicas; detrás, arbustos, tilos, álamos, robinias, árboles del amor...



Es un rincón hermoso y tranquilo. En el extremo más cercano a la plaza, un par de palomas se afanan picoteando los frutos de una morera del papel. Entre el césped y la acera, sobre un reducido espacio empedrado hay tres bancos que miran a la calle dedicada a Bartók. La bibliotecaria se sienta en el más cercano al busto del escritor, ladeando la cabeza ve su perfil derecho, a la izquierda, tras una barandilla, hay un lago con un surtidor en el

centro y, al fondo, dos torres de iglesia barroca. Aparece una pareja de recién casados acompañados por un fotógrafo y una mujer, siguiendo las indicaciones de ésta, empiezan a componer, apoyados en la barandilla, poses amaneradas. Las copas de los sauces llorones que bordean el lago parecen agitarse. La bibliotecaria gira la cabeza y baja la vista, entre algunas de las piedras sin alisar del suelo asoma la hierba y, cerca de su pie derecho, tres solitarias margaritas, como las tres gracias de la flora. Abre el bolso y extrae un ramo diminuto compuesto por tres florecillas arropadas por ramitas de tejo. Se lo ha adquirido a primera hora de la mañana a una anciana en la escalinata de la iglesia

de san Esteban, desde cuya elevada cúpula, con el viento norte en la cara, ha contemplado la ciudad. Se da cuenta de que en estos días ha visto varias ancianas — siempre enjutas— vendiendo flores silvestres en estaciones de metro y en entradas de iglesias; recuerda que Maria Vichniakova, la madre de Andréi Tarkovski, obligada a sacar adelante sola a sus dos hijos pequeños en los duros años de la II Guerra Mundial, se dedicaba, entre otras actividades, a



vender ramos de flores —consideradas artículos de lujo, estaban prohibidas— de estraperlo. Quizá estas ancianas comenzaran a hacerlo también en la juventud. Lo que es seguro es que

ellas han visto, que en su memoria pervivirán las multitudinarias manifestaciones, la alegría, los disparos, la sangre, los tanques, el silencio...

Una mujer joven con una niña de unos tres años de la mano interrumpe sus cavilaciones al introducirse en el césped y acercarse al busto de Kosztolányi; se detiene frente a él, toma a la niña en brazos, toca la mano derecha del escritor e insta a la pequeña a imitarla; la niña lo hace y, después, ambas se alejan. Gesto que también pudo observar, casi lo había olvidado, ante la estatua dedicada a Raoul Wallenberg, cuando una joven elevó a un pequeño para que tocara el perfil del benefactor de los judíos. Sonríe. Vuelve a sonreír al recordar que poco antes le ha parecido que la mano de Kosztolányi estaba muy brillante, como esas imágenes de santos que los fieles tocan a menudo, y que en el corto trayecto hasta el busto la hierba empezaba a escasear, como si fuera pisada con frecuencia; sonríe recordando que ha estado a punto de lanzarse a imaginar visitas y caricias, pero una voz en su interior ha sacado a colación las colillas ante el busto de Márai y ha optado por dejarse de especulaciones. Sonríe, porque de nuevo se ha equivocado, pero esta vez no le importa en absoluto, todo lo contrario.

La bibliotecaria deposita el ramito de flores junto al libro titulado *Magia* y acaricia, con la mano que poco antes ha bañado en aguas del Danubio, la mano de bronce de Dezső Kosztolányi; un espectador irónico diría que la confunde con la lámpara maravillosa de Aladino, pero ella sabe que no es necesario invocar a ningún genio, que el genio está ya presente. Formula un deseo y se despidе.

Del escritor, cuyas obras ha tenido entre las manos en algunos de los muchos establecimientos de libros antiguos que hay en la ciudad. De Budapest. Del Danubio. De las ancianas que ofrecen flores. Y de las jóvenes que acercan a los niños a la luz y al calor de lámparas maravillosas que iluminan el siglo XX húngaro: Raoul Wallenberg y Dezső Kosztolányi.

Bibliografía

- ARENDE, HANNAH, *Eichmann en Jerusalén*, Barcelona, Lumen, 1999.
- KOSZTOLÁNYI, DEZSŐ, *Anna la dulce*, Barcelona, Ediciones B, 2003.
- KRÚDY, GYULA, *La carroza carmesí*, Barcelona, El Aleph, 2007.
- MAGRIS, CLAUDIO, *El Danubio*, Barcelona, Anagrama, 1990.
- MÁRAI, SÁNDOR, *¡Tierra, tierra!*, Barcelona, Salamandra, 2006.
- MÁRAI, SÁNDOR, *El último encuentro*, Barcelona, Salamandra, 1999.
- MÁRAI, SÁNDOR, *La herencia de Eszter*, Barcelona, Salamandra, 1999.
- MÁRAI, SÁNDOR, *Divorcio en Buda*, Barcelona, Salamandra, 2002.
- MÁRAI, SÁNDOR, *La mujer justa*, Barcelona, Salamandra, 2005.
- MUSIL, ROBERT, *El hombre sin atributos*, Barcelona, Seix Barral, 1988.

NÁDAS, PÉTER, *Libro del recuerdo*, Barcelona, Seix Barral, 1998.

SZABÓ, MAGDA, *La puerta*, Barcelona, Mondadori, 2005.

ZELTNER, ERNÖ, *Sándor Márai*, Valencia, Granada, Publicacions de la Universitat de València, Editorial Universidad de Granada, 2005.

Discografía

ALBOKA (con la colaboración especial de Márta Sebestyén), *Lorius*, Madrid, Resistencia, 2001.